

EL

CRIMEN DE

*Para vir
ste. N.º*

N.º 26

LOS KULAKS

G. KOSINKA



La novela
proletaria.

La Novela Proleta- ria.

Esta in-
compa-
rable se-
rie lleva
publica-
dos los
números
siguien-
tes:



- | | |
|--|--|
| Núm. 1.—«Sindicalista de acción», por Augusto Vivero. | Núm. 14.—«La ley de fugas», por Em. Mistral. |
| Núm. 2.—«Una pedrada a la virgen», por José Antonio Balbontín. | Núm. 15.—«Abel mató a Caín», por Ramón Franco. |
| Núm. 3.—«Las Animas Benditas», por Eduardo Barriobero. | Núm. 16.—«Un periodista», por Ramón Magre. |
| Núm. 4.—«La caída del Dictador», por Angel Pestaña. | Núm. 17.—«El enchufista», por A. Vivero. |
| Núm. 5.—«Mi dama y mi star», por Angel Samblancat. | Núm. 18.—«Noche Roja», por R. Soriano. |
| Núm. 6.—«¡Pero mató a un burgués!», por Carrasco. | Núm. 19.—«Resignación, hermanos!», por Salvador Sediles. |
| Núm. 7.—«Las calaveras de plomo», por Salvador Sediles. | Núm. 20.—«El Agente confidencial», por César Falcón. |
| Núm. 8.—«El Confidente», por Eduardo de Guzmán. | Núm. 21.—«La guerra que viene», por Augusto Vivero. |
| Núm. 9.—«A tiro limpio», por Augusto Vivero. | Núm. 22.—«¿Quo Vadis, burguesía?», por Hildegart. |
| Núm. 10.—«La Bomba», por Rodrigo Soriano. | Núm. 23.—«La lucha del soldado rojo», por E. Madarasz. |
| Núm. 11.—«Un ensayo revolucionario», por Mauro Bajatierra. | Núm. 24.—«El traidor», por G. Nazario. |
| Núm. 12.—«¿Dónde está Dios?», por César Falcón. | Núm. 25.—«El crimen de los Kulaks», por G. Kosinks. |
| Núm. 13.—«Infamias», por A. Jiménez. | |

Se sirve toda la colección con el 30 por 100 de descuento.

EL CRIMEN DE LOS KULAKS

POR

G. Kosinka



LA NOVELA PROLETARIA

ROMA, 41

MADRID

Ayuntamiento de Madrid

ES PROPIEDAD

Imp. Campos — Pedro Heredia, r dupdo.—Madrid

Ayuntamiento de Madrid

EL

H

mis

trin

sig

o n

a p

had

S

con

la g

got

apr

fue

ace

otr

S

tab

EL CRIMEN DE LOS KULAKS

HACE tres años que no bebo en la misma mesa de los ricos, hace tres años que no celebro la fiesta con mis parientes; he luchado en diferentes trincheras que ellos y hoy se trata de lo siguiente: ¿Voy a felicitarles por Navidad, o no? En realidad no debía yo ir; pero iré, a pesar de todo, para ver qué política hacen mis sabios cuñados y mi suegro.»

Schwatschko estaba al lado de la mesa, como un paje nupcial en una boda: con la gorra ladeada; en su bigote brillaban gotas de agua y la palma de su mano apretaba la superficie de la mesa con tal fuerza, que la llama de la lámpara de aceite se tambaleaba de un lado para otro.

Su mujer charlaba animadamente; estaba alegre.

—¡A ver si te bebes allí tu destino de maestro de escuela!—dijo riendo, con cuidado, y extendiendo sobre la mesa su pañuelo rojo que todavía conservaba de cuando era soltera.

«No puedes estar toda la vida peleándote con la gente por defender a los pobres», añadió tirando de una punta del pañuelo para ponerlo derecho. Al mismo tiempo miraba a Schwatschko y pensaba: «¡A ver si se enfada!»

Pero Moisés Schwatschko se echó a reír: —¡Vamos, otra vez te está doliendo la tierra de tu padre! Eso ya está perdido para siempre, Mariana; esas tierras las han cogido los miembros de mi comité de pobres con los dientes. Para eso nadie grita que Moisés Schwatschko sigue una política falsa... Vamos a ver, ¿quién puede probarme que yo sigo una política falsa?

La palabra «política» molestaba a Mariana. En el pueblo tomaban el pelo a su marido, porque, a veces, empleaba esta palabra donde no correspondía. Hizo un movimiento con la mano:

—Tú les sirves, trabajas para ellos; ¿y el pago? Te has hecho enemigo de medio pueblo; éste es el pago. Cuando los niños y yo nos estábamos muriendo de hambre, porque tú te habías ido con los comunistas, mi padre me dió tres «pud» de trigo a cambio de la colcha que yo tejí.

—¡Oh!,—rió Moisés—, vaya una gran obra; ¡que se vaya al diablo! Eso también lo hubiera hecho un gitano y no el propio padre; ¿verdad, hijita?—preguntó, riendo, a su hija mayor, Stepanida.

—Así es—contestó la niña a su padre, mirando a la madre.

—Así es—gritó Mariana—. A ti también te gusta contradecir.

—Se parece al padre—gruñó Schwatschko, y Stepanida calló, avergonzada.

Mariana quería decir a su marido también que los ricos del pueblo no censuraban a los pobres que se habían quedado con las tierras, sino sólo a él, a Moisés «Política», que por ahí, en Crimea, había perdido dos dedos en las alambradas, y que, si no se andaba con cuidado, perdería también la cabeza. Pero no se lo dijo

¡Tenía muchas ganas de ir a casa de sus parientes!

—Bueno, pero por lo menos allí, delante de los cuñados, no hables de tu política, porque te van a dar una paliza—le dijo a su marido, y esperó sobresaltada su contestación.

Pero Moisés extendió su mano izquierda contra la luz, mostrando los dos muñoncitos que en vez de dedos le quedaban, y dijo muy serio:

—Mejor es que no olviden que «Política» perdió los dedos de su mano izquierda en Perekop, pero que en cambio tiene la mano derecha bien sana y que el mismo Zar Nicolás me dió una medalla por mi puntería.

Se metió la mano en el bolsillo derecho, donde tenía, en efecto, una browning—de la victoria de Perekop—, y dijo: «Voy a enganchar.»

—¡Ay, Moisés, cómo tienes la cabeza!, murmuró Mariana, suspirando.

En silencio se ajustó su corsé negro, la falda cuadrada y la camisa remendada que todavía la quedaba de cuando era

moza. Al coger la camisa en la mano, se acordó con nostalgia de los años de su niñez y pensó: «Sí, sí, desgraciadamente, aquellos años felices no se pueden alcanzar con caballos ni comprar con dinero.»

Se fijó en Stepanida:

—Ya, ya; cinco años más ha de cantar el cuco y luego dirás: «Madre, prepárame mi maleta.»

—No salgáis de casa esta Nochebuena—dijo Stepanida, descontenta.

—No hables así, hija mía. Hay que visitar al abuelo. Acuérdate de que entonces nos dió pan—añadió Mariana.

La hija guardó silencio. Se acordaba muy bien de aquel día. La madre había traído tres «pud» de harina (se la habían molido en un molino del camino). En seguida se puso a trabajar la masa y a hacer tortas, pero llorando amargamente y diciendo: «Parece mentira que a la propia familia no le importe que pasemos hambre.»

La madre se prometió aquel día no volver nunca a traspasar el umbral de los parientes ricos. Ahora se lo recordó la hija.

—A ti no te dirán nada. Pero, en cambio, se burlarán del padre a sus anchas.

—Anda, no digas tonterías...

—¿Quién se va a reír de nosotros? El que se atreva lo hará para su desgracia.

Moisés se había puesto la chaqueta de piel forrada de paño verde (restos de aquel gabán inglés que sacó de Perekop), y dijo:

—Nuestra política ahora es clara; no reírse de los pobres porque vosotros mismos sois pobres, ¿verdad, Mariana? Felizmente todo esto marcha muy bien, sí señor.

Schwatschko, en su entusiasmo, hubiese querido abrazar a Mariana; pero lo pensó mejor y se quedó acariciando el cabello sedoso de su hijita.

—Nuestros ricos son los obreros, ¿no es eso, Stepanida?

—Sí, sí, pordioseros—intervino furiosa Mariana.

—Pordioseros, no. Pero es inútil que te enfades. Mejor es que te des prisa en vestirte—contestó Moisés, impaciente.

Mariana se vistió en silencio, se ató un

pañuelo recio a la cabeza, empaquetó tortas, acomodó a los niños, y cuando todo estuvo hecho, se colocó en el centro de la habitación:

—Bueno, hijos míos, dormid tranquilos... ¡Dios os guarde!

—Dios dice que ya les ha guardado—bromeó Schwatschko, echándose sobre los hombros un viejo gabán. La sombra alargada de su figura se reflejaba en la chimenea blanca.

—Dormid, hijos—repitió las palabras de Mariana, metió su mano derecha en el bolsillo y salió.



Schwatschko salió del portal a la clara noche estrellada. La nieve crujía bajo el trineo y el frío rasgaba el vapor de la boca. El caballo volaba sobre las colinas de nieve y bajo sus herraduras ésta saltaba como arena dorada.

Mariana iba sentada en el trineo como una novia que va a la boda muy feliz. Pensaba que sus parientes ricos ya no se burlarían de su marido como si fuera un

mendigo inmundo, ya no le reprocharían su política; las hermanas ya no suspirarían en el mercado cuando la encontrarán: «¡Ay, pobre hermanal, alegrándose en el fondo de no ser pobres como Mariana, sino de pertenecer a los ricos. «Que pasen un par de años más—pensaba Mariana—y ya nos pondremos en pie» (se refería, desde luego, también a Moisés). Contra su voluntad, estaba orgullosa de su marido.

En medio de este dulce sueño sus pensamientos recorrieron rápidamente el pasado... «Sí, era verdad; los polacos la pegaron por Moisés, los ricos quisieron echarla del pueblo y la hicieron todo el daño que pudieron. Pero cuando triunfó la comuna, todos vinieron a inclinarse ante ella. Como si hubiera llegado su gran día y el mundo se hubiera hecho mucho mayor, mucho más amplio... Los ricos temían a su marido, que repartía las tierras entre los pobres, y la adulaban a ella, a Mariana. Pero de nada les sirvió...

—Esta es la política, tío Adrián—dijo Moisés cuando sacó los bueyes de su pa-

riente del establo, dejándole pobre como un ratón.

—Tú sí que eres una política, peor que la peste negra—le contestó Adrián. Y desde entonces le llamaban a Moisés «Política».

La mujer de Adrián se agarró a los cuernos de un buey, gritando:

—¡Hijos de perros, matarme de una vez, pero dejarnos el ganado!

—«Política»—contestaron riendo los miembros del comité de pobres, haciendo coro a Moisés. Y el buey salió, con el cuello gacho, como un arrestado. Ya hace cuatro años de esto, pero Mariana no lo ha olvidado.

«Qué cosas más raras se le ocurren a una, a veces», reflexionó.

—¿Por qué estás ahí tan encogida, sin hablar una palabra?—preguntó Moisés a su mujer, haciendo restallar el látigo sobre el caballo.

El ligero trineo se deslizó hacia un lado, pero el caballo tiró de él rápidamente; el camino estaba completamente liso, manchado con sombras azules del

reflejo de la luna; parecía que alguien hubiera extendido un lienzo para blanquearlo. La nieve crujía bajo el trineo y saltaba, a cada golpe de las herraduras del caballo, como chispas maravillosas: plateadas, doradas, azules; así, por lo menos, lo veía Mariana... ¡El caballo de Moisés sube muy bien la montaña!

—Estaba pensando—dijo Mariana, inclinándose hacia su marido—, que Adrián es ahora cuñado de mi padre; ¿estará hoy allí?

Esto lo preguntó con miedo mal disimulado.

—Sí, son cuñados. ¡Ya se los podía llevar el diablo!—contestó Moisés medio en broma, y durante un rato siguieron en silencio.

—Ya estará Stepanida dormida—dijo el hombre, por fin, cuando habían dejado atrás el pueblo. Y añadió: —La verdad es que es una vergüenza que yo vaya esta noche allí. Vamos a ver, dime qué diversión puedo sacar yo de que me rodeen como serpientes, silbando: «Comuna, los mendigos levantan los ojos». Y Schwats-

chko, no pudiendo contenerse más, se puso a blasfemar. Luego dió al caballo un latigazo entre las patas y éste saltó hacia adelante arrastrando el trineo a gran velocidad. Mariana no dijo nada.

Ya estaban dentro de la antigua finca, donde habían construido un par de casitas, rodeadas de grandes montones de nieve. Una de éstas, la más afortunada, estaba cubierta de paja y por la ventana se veía el resplandor azulado de una lámpara de petróleo; la casita de enfrente mostraba al cielo su techo desnudo y miraba por sus negras ventanas vacías.

De pronto, el caballo tropezó junto a esta casa y, asustado, lanzó un profundo relincho. Schwatschko tiró de las bridas y detuvo el trineo.

Mariana estaba tiritando de miedo. Moisés sacó con cuidado su revólver del bolsillo. Les rodeaba un silencio muerto.

La luz de la casa resplandeció vivamente de pronto y se apagó; el caballo estaba plantado en su sitio y arañaba la nieve con las patas. Moisés corrió hacia

adelante y se agachó sobre un objeto negro, exclamando:

—¡Un gato helado! ¡El pobre no ha encontrado su casa a tiempo y ahora nos desea felices pascuas!

Levantó el gato frío, aunque vivo todavía, que, asustado, le arañó la mano, y lo colocó en el trineo. Mariana estaba nerviosa por este incidente, y murmuró:

—Tira a ese demonio de gato a la nieve. Alguien le ha puesto en nuestro camino a propósito.

—Tú eres tonta—gruñó Schwatschko. ¿Por qué ha de morirse el pobre bicho?

Colocó el gato sobre sus rodillas y lo tapó con la manta. Y al guardar nuevamente su revólver, dijo a su mujer:

—Se lo regalaré a Adrián a cambio de sus bueyes. ¿Qué te apuestas a que todavía no se ha olvidado de ellos? ¡Claro que no!—gritó Schwatschko y tiró de las bridas.

Todavía faltaban dos verstas para llegar al Chutor. Aquella Nochebuena estrellada alumbraba magníficamente la estepa.

Cuando Schwatschko guió el caballo por el camino del Chutor, cuyas ventanas iluminadas contemplaban la noche, éste trotaba animadamente; el trineo crujía y el viento les soplabá de frente. Schwatschko y Mariana se acercaban a la hacienda de su suegro.

Ya se veían las azuladas siluetas de los haces de paja. Los árboles cubiertos de nieve parecían porteros de fábula y el nevado jardín resplandecía en su blancura.

—Ya están cantando — dijo Moisés, conteniendo un poco la carrera del caballo. Su voz cortante hizo estremecerse a Mariana; todo el camino iba pensando en el encuentro con la familia rica y temía la conducta de su marido, porque éste era muy vehemente y no dejaba de contestar a ninguna palabra.

—Moisés, yo te lo ruego—exclamó cuando ya estaban cerca de la casa—.No te pelees con ellos por tu política. Está bien que discutas con la gente, pero aquí...

—Pero, ¿qué es lo que temes?—pre-

guntó Moisés, enfadado—. ¿Es que yo soy un niño pequeño que no sabe cuándo debe hablar y cuándo debe callar?

—Vaya, ya te has enfadado—contestó Mariana, conciliadora, y sus ojos se llenaron de lágrimas; una cayó sobre la rodilla de su marido, como si el frío la hubiera hecho caer.

—¡Tira ese demonio!—la mujer agarró al gato, ya muerto, por el pellejo, y él lo tiró en silencio.

—¡Bendícenos en esta Nochebuena!—exclamó Mariana, dirigiéndose a una figura alta, masculina, que había salido de la casa.

Una voz ronca murmuró una bendición, se abrió la verja y cuando el trineo se detuvo al lado de los montones de paja, el hombre alto habló:

—¡Vaya un frío que hace, Moisés Stepanowitch; un frío que muerde! Los visitantes no tienen suerte este año... Bueno; claro que el poder soviético no reconoce la fiesta...

Moisés desenganchó el caballo en silencio y lo tapó con su viejo abrigo. A

Mariana la recibió su madre en el umbral.

—¡Vaya, hija mía, qué orgullosa te has vuelto! ¡Como si vivieras al otro lado del mar! Aquí se ha reunido toda la familia...; ya están cantando...

Mariana se echó a llorar; pero se repuso y secó las lágrimas. Las mejillas de la pobre mujer estaban sonrosadas por el frío, tenía los finos labios bien apretados y el collar de ámbar le colgaba sobre su pecho lleno. Esperó a Moisés en el recibimiento; no era agradable entrar sin el hombre.

En la sala estaban cantando. Todavía estaban todos sobrios, las voces femeninas eran suaves, nadie cantaba a toda voz. Cantaban la canción de Navidad de la montaña inclinada, cubierta de hierba sedosa. Y cuando el matrimonio Schwatschko traspasó el umbral, murió la canción.

—Muy bien—dijo Adrián, que estaba sentado detrás de la mesa, al lado del padre de Mariana—. Muy bien... Moisés Stepanowitsch nos va a enseñar a felicitar a las personas a estilo soviético...

Y, riendo, guiñó el ojo a las mujeres. Los invitados volvieron la cabeza hacia la puerta; las mujeres se quedaron mirando a Mariana y los hombres saludaron a Moisés sombríamente.

—El Señor nos ha dado a todos la misma fiesta—dijo la madre de Mariana, como si tuviera que disculparse de los parientes; a Moisés le llamó varias veces «mi preciado yerno», para que no hubiera riña, y ella misma limpió el banco con su delantal para que se sentaran su hija y el yerno.

Sobre la mesa había grandes platos floreados con distintos manjares. Había dos grandes salchichones sin empezar.

La sala estaba llena de invitados; cuatro yernos con sus mujeres, hermanas de Mariana, estaban ya sentados detrás de las mesas. Adrián Kuschnir, cuñado del padre, ocupaba con su hijo el sitio de honor, porque éste era, para decir la verdad, el más rico de todos los invitados. A la mesa de Moisés estaban sentados compadres y parientes muy lejanos. Todos estaban extrañadísimos de que un

verdadero comunista como Schwatschko fuera a felicitar las pascuas a su suegro.

—¡Dios quiera que el trigo se dé bien y que las criaturas vivan felices en la tierra!—dijo la madre, sirviendo a Mariana una copita. Mariana la bebió y la madre sirvió a Schwatschko, diciendo:

—Aunque los polacos me rompieron una costilla por culpa tuya, como mi carne y mi sangre son tuyos también, que seas bienvenido. En la familia todos son iguales.

Paseó la mirada por los invitados; todos callaron. Kuschnir sonreía en su negra barba, y cuando Schwatschko y la madre vaciaron sus copas y la vieja iba a tirar el resto al techo, exclamó:

—¡Eh, eso no vale! ¡La madre atiende al yerno y nosotros contemplamos nuestros vasos vacíos!

Después de esto todos se alegraron algo más, empezaron a hablar, los vasos chocaron, y una estudiante, hija de la hermana mayor de Mariana, se acercó a la mesa de Schwatschko, saludó y dijo:

—Me han echado del instituto por ser

hija de un kulak; ¡vaya una idiotez! Llevaba nueve años en el instituto, y ahora, ya veis, ¡hija de un kulak!

—¡Cásate con un comunista y no te echarán!—intervino Kuschnir.

—¡Qué lo haga, a ver si no sale volando de su casa con sus pingos!—dijo con orgullo el padre de la estudiante, una figura con la cara desinflada.

Schwatschko, que acababa de apurar el tercer vaso para cobrar más valor, ya no lo aguantó más:

—Esto es muy sencillo, sobrina. Esta es la política bolchevique. Antes aprendían los ricos; ahora que se ilustren también los pobres.

—¡Adiós, pues vaya una política!

—Tienes razón, Halina Dmitriewna. ¡Idiotez, no política!—comentó Kuschnir.

Todos celebraron el chiste de Kuschnir. Schwatschko quería levantarse e irse a casa, pero Mariana le tranquilizó diciéndole que no debían irse porque se burlarían de ellos.

«Oh, vasito, vasito fino...»
empezó a cantar la mujer joven con voz

débil. Kuschnir declamó el resto de la canción, pero no la cantaron porque era Nochebuena y no se debían cantar canciones de esta clase. Todos rogaron a la estudiante que cantara el «ukraniano». La muchacha se echó a reír, pero la vieja Kuschnir dijo, levantando la cabeza con orgullo:

—Cántame algo de Ucrania para recordar a mi hijo, asesinado por el Soviet.

La estudiante se puso roja, bajó los ojos y miró de soslayo a la mesa de Schwatshko.

—Mi querida comadre — exclamó la madre de Mariana—. Le pegó al Soviet y el Soviet pegó también. No pensemos más en ello. En la Nochebuena no debe haber riña.

—Comadre, yo no provoqué ninguna riña. Yo sólo pido a tu nieta que me cante el himno ucraniano...—contestó la vieja sollozando.

Los invitados la tranquilizaron; el hijo la gritó groseramente y parecía que todo terminaría bien. Las mujeres empezaron

a cantar de nuevo, elogiando la generosidad de los huéspedes, adorando a Cristo, al niño Jesús, y la habitación se llenó de canciones piadosas.

Mariana estaba como sobre alfileres. Las hermanas la habían recibido con mucha frialdad y la más joven, la mujer de Kuschnir, la había señalado el pañuelo, como diciendo: «Mira, lo habrá robado de algún arca ajena.» Mariana sentía tanta amargura que tenía que contenerse para no romper a llorar.

—¡No tengas miedo, tonta, canta!—decía el padre a la estudiante.

Esta sacudió sus rizos cortos de su estrecha frente y pateando con sus botitas finas, exclamó, dirigiéndose a los invitados:

—Vamos a cantar una canción de pas-cua popular, «Poned la mesa». ¿La cono-céis? Es la favorita de los estudiantes.

—¡Los estudiantes también rugen la Internacional como toros!—contestó Kuschnir, furioso, y dirigiéndose al padre de Mariana, prosiguió: —En el tren he estado observando a los estudiantes que iban

a sus casas para Navidad. Te digo que son fieras y no personas.

—¿Es verdad, Moisés Stepanowitsch, que está permitido el comercio?

—Sí, está permitido—repuso éste de mal humor.

—Además, existe una ley—intervino Kuschnir en voz alta—, según la cual nadie tiene derecho a apoderarse de la propiedad ajena; johl!

Todos se interesaron mucho por esta novedad y ya nadie pensaba en cantar. La estudiante había abierto la boca, mostrando sus dientecillos blancos y brillantes, y así se quedó. Por fin se pasó la lengua por los labios y se sentó al lado de Schwatschko.

—Tío, ¿verdad que me darás un certificado diciendo que estoy en el comité de pobres?—preguntó a Moisés.

—Sí, y que el tío vaya por tu culpa a la cárcel, ¿no?—contestó Schwatschko.

La estudiante se echó a reír.

—Moisés, ya hace cuatro años que vosotros me quitasteis mis bueyes, gracias a vuestro Soviet. Pero yo no lo he

olvidado todavía ni lo olvidaré hasta mi muerte; porque fué un robo...—afirmó Kuschnir.

—Ya ves, hoy quería regalarte un gato a cambio de tus bueyes; ¡pero la diñó por el camino!

—Ah, ¿te atreves a contestarme así?

—¿Cómo voy a contestarte? ¿Adulándote, verdad?

La riña tenía que estallar ya. Moisés estaba pálido. Su mano izquierda, con los dedos arrancados, temblaba; sus ojos oscuros recorrían la habitación. Mariana ya no estaba a su lado. Su hermana menor la estaba reprochando no sé qué. Moisés se levantó, tambaleándose, y salió al patio.

* * *

Era de noche. Las estrellas alumbraban bien y la luna estaba rodeada de una estela luminosa. El patio y los campos estaban cubiertos de nieve.

—Va a haber tempestad de nieve—pensó Moisés, y entró en la cuadra. Al caba-

llo se le había caído el saco de avena y estuvo buscándolo hasta que lo encontró debajo del pesebre. Se puso a reñir al animal.

—¡Mira que eres tonto! ¡Ahora tendrás hambre!

El caballo relinchó y golpeó las tablas con las patas.

—Anda, anda, come—le dijo Schwatschko, colgándole el saco—. Come un poco y nos iremos a casa. Y que esas víboras sigan echando veneno. ¡Nuestra política, hermano, no les gusta! Están contentos porque se ha permitido el comercio y Kuschnir ya enseña las uñas. Quiere tierra... ¡En el pecho habría que echarte tierra, monstruo!

El caballo mascaba la avena. En un rincón de la cuadra roncaba un cerdo. Schwatschko se puso a escuchar. —¡Qué bien duermel!

Regresó a la casa. Tenía la cabeza revuelta, se tambaleaba de un lado para otro; estaba borracho, porque pocas veces bebía aguardiente.

Al entrar en la casa se acordó de la

estudiante. Se echó a reír y se puso a blasfemar.

¡Miserable! «Deme usted un certificado del comité de pobres.» ¡Como si yo negociara con certificados!

En la sala estaban cantando. Las canciones de Navidad mezcladas con cantares de ricos, de barriles llenos de vino, de carneros gordos. Cantaban a toda voz, estremeciendo los cristales.

— ¡Alégrate Schwatschko! — pensaba Moisés—. ¡Alégrate! ¡Hoy es Nochebuena! ¡En el pueblo muchos comerán solamente sopa con tocino y no tendrán montones de salchicha y de jamón! Y Kuschnir mueve la lengua como una serpiente.

Se desabrochó un botón de la chaqueta y entró en la habitación con gesto decidido.

— ¡El perro no quería encoger el rabo, pero, al fin, tenía que hacerlo! — comentó uno y todos los demás se echaron a reír.

— Ahora es otra la política...

— Estabas desnudo y... te has quedado desnudo...

—Hijo mío, deja a los Kuschnir tranquilos—rogó a Schwatschko la suegra.

—Que el odio lo lave el agua. Hoy no debe haber riña, hoy no...

—¡Si yo los dejo tranquilos a todos!—contestó Moisés en voz muy alta para que se oyera bien.

—¡Yo soy pobre, pero él no necesita mantener a mis hijos! Déjale...

—Si no los mantengo yo, los mantienen otros—repuso Kuschnir.

—¿Quién dió a Mariana remolacha en la primavera?—preguntó el padre de la estudiante apoyándose con satisfacción en el banco.

«Noche santa, noche divina...»

Kuschnir hizo un gesto con la mano. La canción cesó como si todos se hubieran llenado la boca de agua. Mariana se colocó en el centro de la habitación y las lágrimas le caían al suelo al decir:

—Dmitri, a cambio de aquellas remolachas me estropeé los ojos cosiendo para tu hija (señaló a la estudiante) una camisa ucraniana. Y ahora tú me aver-

güenzas ante toda la familia... ¿Este es el agradecimiento?

—Tía, tú nos habías pedido dinero prestado y para pagarlo tuviste que trabajar.

Estas palabras de la estudiante resonaron en el silencio de la estancia.

—¡Mientes! Te hice la camisa a cambio de la remolacha. Tu madre no quiso admitirme dinero... ¿No es ésta la verdad?

—¿Dónde está la verdad?...—Todos se encogieron de hombros y rieron en silencio. Schwatschko, apoyado en la puerta, al lado de su suegra, estaba pálido, casi gris, y la mano izquierda le temblaba.

Kuschnir se levantó, diciendo:

—¡Tú has matado gente por ahí, como un Herodes; has dejado a tu mujer y a tus hijos para que los mantenga tu suegro y te has ido a salvar el Soviet!

—¡Sigue, sigue hablando!—dijo Moisés, sombrío.

—¿Que lo diga todo? ¿Pues quién se puso a repartir la tierra en cuanto regresó? ¿No le quitaste al suegro seis fane-

gas para repartírselas a la jauría de des-
camisados?

—Sí, fui yo.

—¡Ah, vamos! ¡Encima habrá que darle las gracias...!

Tenía los ojos rodeados de sangre. Con el cuchillo que tenía en la mano iba golpeando el borde del plato, marcando el ritmo de sus palabras.

—Cuñado, ¿es esto necesario? — se atrevió a decir la suegra, que estaba al lado de Schwatschko. Pero el hijo de Kuschnir la interrumpió en seguida groseramente:

—Eso no te importa a ti, madre. ¡Siéntate y a callar!

La abuela calló, obedeciendo a la orden. Todos los parientes se miraron un instante sonrientes, como tramando un acuerdo. Schwatschko, en pie, dominándoles a todos con la mirada, palpaba con su mano derecha el mango de la pistola y pensaba: «¡Ah, perros! ¡Ya están borrachos!... ¡Ahora les sale todo el odio!» Mariana no podía contener las lágrimas. No sabía perfectamente qué iba a ocurrir.

Pero presentía que no iban a terminar bien. Habría querido tirarse sobre su marido, cogerle y marcharse. Sentía algo como el deseo de salvarle. Pero estaban en casa de sus padres, en Nochebuena, y, aunque estuvieran borrachos, debía tener confianza. Sin embargo, lloraba y no podía decir palabra. Uno de los invitados bebió un largo trago de aguardiente y los demás volvieron a sonreír como si comprendieran la señal. La sobrina estudiante, recostada en la pared, miraba a su padre y a su tío con una expresión de rabia burlona en los ojos. Fingió no hacer caso de la escena y se puso a cantar en voz muy baja una canción de estudiantes. Kuschnir la miró como prometiéndola algo. La madre de Mariana no sabía dónde ponerse. Quería ir de un lado a otro de la habitación, colocarse entre su marido y su yerno, detener a alguien. Pero no sabía a quién. Así pasaron varios minutos en un silencio mortal, lleno de angustias y de amenazas, en el que las pupilas de todos brillaban como brasas.

De pronto, todos se pusieron de pie. Uno gritó: «¿Qué hacéis?» Schwatschko introdujo su mano derecha en el bolsillo. El hijo de Kuschnir apagó la luz. Por la habitación corrió el grito salvaje de Mariana:

—¡Queridos padres, no me dejéis viuda, no le matéis!...

El ruido de una botella estrellada contra la puerta ahogó sus palabras. En el pasillo se oyó un disparo y luego un estertor ronco, como de un buey acuchillado...

—¡El cerdo dispara!—se oyó decir al viejo Kuschnir en medio de la obscuridad. Y todas las mujeres se escondieron detrás de las mesas. La estudiante gritó:

—¡Tiraos al suelo, al suelo...! Pero no hubo más disparos.

... Schwatschko yacía en el pasillo, boca abajo, con un gran cuchillo entre los hombros... Todavía respiraba y los dedos de su mano derecha se cerraron con fuerza.

Un silencio absoluto. Alguien encendió una cerilla. Mariana estaba desmayada.

Se le había corrido el pañuelo rojo sobre la cara; su cuerpo se agitaba sobre el suelo de barro y la camisa remendada se le había subido, dejándola desnuda.

Kuschnir la miró, asustado. Le brillaron los ojos y murmuró:

—¡No importa! ¡Una riña general entre borrachos! Eso es lo que hay que decir.

G. Kosinka.

Tesoro de la literatura revolucionaria

¡UN ACONTECIMIENTO EDITORIAL!

Sin retroceder ante sacrificios, LA NOVELA PROLETARIA publica la incomparable serie de narraciones llamada TESORO DE LA LITERATURA REVOLUCIONARIA.

¡Todas, obras desconocidas en España!

¡Todas, de autores que han vivido los episodios que relatan!

He aquí algunos títulos de esta magna colección, que no publicará ninguna Editorial burguesa:

LA LUCHA DEL SOLDADO ROJO, por EMILIO MADARASZ (núm. 23 de LA NOVELA PROLETARIA), EL TRAIDOR, por G. NAZARLI; LA MUERTE DEL REVOLUCIONARIO TADJIK, por ADREDDINE AYNI; AMOR COMUNISTA, por ALEJANDRA KOLONTAY; LUCHA A MUERTE, por MARKO MARTCHEVSKI; EL CRIMEN DE LOS KULAKS, por G. KOSINKA; MATANZA DE JUDÍOS, por ISAAC BABEL; LA CAMARADA Y LA PROSTITUTA, por ALEJANDRA KOLONTAY; EL ERMITAÑO, por MÁXIMO GORKI; EL CRIMEN DE LOS KULAKS, por G. KOSINKA.

Esta colección será una joya incomparable, sin igual en España.

Ejemplar, 25 céntimos.

Pedidos a


"Ediciones Libertad,"
ERONA 44, Antigua de Madrid MADRID

La "Biblioteca de los Sin Dios"

lleva publicados los siguientes cuadernos, de muy esmerada presentación, preciosas portadas de Argüello y magnífico papel:



Número 1: «Jesucristo mala persona». — 2: «La alegres abuelas de Jesucristo» (denunciada). — 3: «La absurda virginidad de María» (denunciada). 4: «¡Eso de las hostias!». — 5: «La farra de Cristo Rey». — 6: Los chirimbolos del altar. 7: «La ignorancia de Jesucristo». — 8: «¡Vaya un Cielo el de la Biblia!». 9: «Jesús santifica el matrimonio civil». — 10: «El pobre Diablo, en 1 dículo». 11: «Origen nefando de los conventos» (denunciada). — 12: «Dio Padre, pedrusco». — 13: «Cristo no fué cristiano». — 14: «El Sacramento Vaginal». = 15:

«Jesucristo, homosexual». — 16: «El Santo revoltillo de 1 Misa». — 17: «Adán, Eva y Compañía». — 18: «3 decálogo por 3 = 30 mandamientos». — 19: «Pilato echa las muelas». 20: «El cuento de las vírgenes que paren». — 21: «Magos pastore y otros belenes». — 22: «El Papa que parió». — 23: «Los Apóstoles y sus concubinas».

Cada cuaderno estudia, en forma amenísima y con gran copia de argumentos, un aspecto de la Mitología y el dogma cristianos.

Su autor es **AUGUSTO VIVERO**
tan especializado en estos asuntos.

Precio de cada cuaderno: VEINTICINCO CENTS.